

# EL SIERVO DE AMOR FERNANDO DE HERRERA

— por Segundo Serrano Poncela —

## ENTRE BRONCO Y RETRAIDO

**T**alante desabrido y humor áspero. Afán de retraimiento y cortas razones. Amor a la soledad. «Enemigo de las lisonjas, ni las admitió ni las dijo a nadie.» Timidez orgullosa y reserva bien medida: «a los más ricos y poderosos de sus amigos no sólo no les pidió, pero ni recibió nada de ellos, aunque le ofrecieron cosas de mucho precio; antes, por esta causa, se retiraba de comunicales» (Francisco Pacheco: *Descripción de Verdaderos retratos de Ilustres y Memorables varones*). Beneficiado de la iglesia de San Andrés, en Sevilla, nada más tenía y no ambicionó más. La corte no le tentaba. Vivía dentro de sí, tímido e introvertido, alambicado monstruo de su laberinto. Desdeñoso y contemplativo. Pobre, vestido de oscuro y cejijunto. Moderado por educación y propenso a las rabietas contenidas. Era frecuente verle pasear por las riberas del Guadalquivir. Su natural desconfiado producía desconfianza en los demás. «Comunicaba con pocos, siempre retirado en su estudio» (Rodrigo Caro: *Claros varones*). «Leído y estudioso; bronco, arrogante y áspero poeta» (Juan Rufo). Escritor infatigable y erudito, «había gastado los aceros de su mocedad en revolver infinitos poetas, notando los modos de decir que tienen novedad y grandeza» (Pacheco, cit.).

Así era y vivía Fernando de Herrera en Sevilla, el año 1534. Entre bronco y retraído; frecuentando como única excepción las

antesalas y estrados del Palacio de Gelvés, diminuto Parnaso en torno a la condesa Doña Leonor —Juan de Mal Lara, Baltasar de Alcázar, Argote, Juan de la Cueva y también el conde de Gelves con sus puntas y ribetes de poeta—. Con frecuencia permanecía melancólico y solitario junto a un ventanal, oyendo música de vihuela y risas cortesananas; contemplando las grandes flores que estallan en los tapetes de brocado. Todo era pulimiento en el hablar y gramática latina. Se leían ediciones de gruesa y movable tipografía impresa en hojas apergaminadas. Herrera, el poeta, en la ventana que se abría sobre el río, enquisaba de soslayo el abrir y cerrar de unos ojos «dulcemente regalados».

### TRIBULACIONES DE UN TIMIDO

Amaba el poeta a la condesa de Gelvés en un trasunto a la española de Petrarca y su Laura. El amor sobrevino al discurrir de aquellas amables veladas renacentistas, a la moda toscana, con lecturas de *El Cortesano*, de Castiglione, églogas de Garcilaso, sonetos de Juan Boscán y paseos por el Guadalquivir. Declamaban y galanteaban los ingenios sevillanos y Fernando de Herrera, con sus versos escondidos en la manga del jubón, se oprimía nerviosamente los dedos esperando turno. El hosco, el retraído, el orgulloso contemplaba en silencio durante demasiadas horas a la mujer centro de gravitación de tantos hombres y era su amor como un fruto madurado por exceso de atención. Día tras día la mujer viva, fresca, cercana, cristalizaba en aquel imaginativo. Matices indefinibles, anudando unos en otros como las cerezas en cestillo, recamaban el retrato: la dama con sus doncellas, en el estrado; poetas, músicos e ingenios rondando en torno y el tímido, con ojos febriles y cálidas mejillas, absorbiendo substancia amorosa para revertirla después en frases poéticas de lárgea y grácil osamenta como lebreles, saboreadas una y otra vez con moroso regusto: «unos ojuelos de color mezclado... trenzas en la serena y limpia frente—de anillos de oro fresco coronada... cabello ensortijado—y en mil varias lazadas dividido... ardientes hebras do se ilustra el oro». La condesa concedía discretas sonrisitas al mudo amador y el joven poeta, con venticuatro años de edad y abundantes lecturas clásicas, sentíase único dueño de un fardo dramático y solemne. La condesa sonreía de nuevo y cada

sonrisa, al superponerse a la anterior, estimulaba la segregación de substancia amorosa.

Así transcurren los días, se van las semanas y los meses. Una vez, alguien reclama del poeta el inevitable elogio, la loa cortesana. Tenía que suceder. El enamorado lleva su canción de amor, escrita a lo largo de tantas horas, sobre el corazón y un papel. Sonrisas complacientes y curiosas le acechan. ¿Podrá expresar lo que desea sin decir y diciendo a la vez? Ha preparado una alegoría: La hermosa —recita— esparce con su belleza blanca y serena luz de nueva aurora. El sol que la contempla arde en sus llamas hecho fuego y la luna argentada, solitaria y fría recibe también de ella alimento luminoso y es dueña de eterna, grande y clara lumbre. El río, que la vió aparecer, rendido, cubre con sus frías aguas el manso valle y tejen las ninfas a su alrededor un tapiz de rosas púrpura mientras otras coronan los cabellos de tan única hermosura con guirnaldas. Yo, confidencia el poeta, entretejer quisiera su nombre esclarecido entre la blanca luna y sol de oro, pero es vano mi intento y débil mi canto, ya que nada puede venir en aumento de su hermosura; por ello, me limito a murmurar humildemente un ruego: que su belleza sufra bondadosamente esta rústica simplicidad de mi verso.

Aplausos y plácemes; sonrisas expresivas de los más sagaces. La condesa, ruborizada, sorprendida y en apariencia satisfecha. El poeta, lívido («osé y temí, mas pudo la osadía—tanto que desprecié el temor cobarde»). El conde, distraído como buen esposo y más atento a sus manejos políticos cortesanos interrumpe candorosamente la reunión y anuncia su próximo viaje a la Corte. Alguien pregunta si la señora condesa le acompañará. —Sí; la condesa abrirá estrados en Madrid. Los amigos poetas ¿desean algo de la ciudad? Cambio de cortesías y gracias rendidas. (Año 1559. La ausencia durará seis. Más que suficiente para que la cristalización amorosa se produzca por completo).

## SOLITARIO Y SONETO

Sobrevienen días prosaicos con paseos a lo largo del Guadalquivir, ahora triste y mudo; relecturas de clásicos griegos y latinos y poesía de alquitara. El orgullo calla lastimado: Doña

Leonor vive en Madrid, brilla en Madrid, se desvanece entre los dorados celajes de la Corte y para nada se acuerda de tan rendidos amigos y admiradores. Ronda de estaciones: «despoja la hermosa y verde frente—de los árboles altos el turbador otoño». Transcurren las jornadas en espera de algo que no llega: «huye aprisa, medroso, el horror frío—y la aspereza y aterido invierno». Gira el círculo de horas: «cubre en oscuro cerco y sombra fría—del cielo puro el resplandor sereno—la húmeda noche». Y siempre idéntico paseo, el mismo río, el mismo campo apacible y solitario: «alegre, fértil, vario, fresco prado—tú, monte y bosque de árboles hermosos—Betis de puras ondas». Dentro del poeta tiene lugar un laborioso proceso introspectivo de tímido sometido a contradictorias emociones. Desconfianza y temor a la vez a percibir el hecho tal cual es; acumulación de obstáculos que disimulan sus vacilaciones; puro juego de intelecto. Lectura del Petrarca a fin de buscar respuesta a sus interrogantes. Petrarca, creyéndose enamorado, trató de averiguar los ingredientes que componen el amor:

*S' Amor non é che dunque é quel ch'lo sento  
Ma, s'egli é Amor, por Dio, che cosa e quale?*

¿Es amor lo que siento? Y si no lo es, ¿qué puede ser, Dios mío? Sí; es amor. Amor a pesar de todo; a pesar de la timidez, de la reserva, de las dubitaciones. Curioso amor intelectual que tiene mucho de nutricio para la mente; amor que quema en su estufa bellas plantas en forma de sonetos:

*Pensé, mas fué engañoso pensamiento  
armar de puro hielo el pecho mío  
porque el fuégo de amor, al grave frío  
no desatase en nuevo encendimiento.*

*Procuré no rendirme al mal que siento  
y fué todo mi esfuerzo desvarío;  
perdí mi libertad, perdí mi brío,  
cobré un perpetuo mal, cobré un tormento.*

*El fuego al hielo destempló en tal suerte  
que gastado su humor quedó ardor hecho  
y es llama, es fuego todo cuanto espiro.*

*Este incendio no puede darme muerte  
que cuanto de su fuerza más deshecho  
tanto más de su eterno afán respiro.*

(Año 1565. La condesa de Gelves y su esposo retornan a Sevilla tras seis años de ausencia. Parecen dispuestos a establecerse definitivamente en la ciudad del Betis. Un poeta, asustado y aturdido, les visita de nuevo.)

## AMOR EN PROCESO MADURATIVO

Todo madura lentamente, hasta el tiempo, pero no el amor en el pecho de la amada. Pasan más años y el poeta sólo recibe desdenes, apenas velados por una fría y respetuosa acogida. Tal contumacia en el recato es suficiente para enfriar cualquier ardor; pero Fernando de Herrera es un contemplativo solitario y su amor va creciendo en soledad durante un inacabable decenio (1565-1575). Durante la espera cultiva el trato de palacio y es asiduo tertuliano de los condes. El universo de las cosas reales y el universo de su amor se acoplan. Molida en el molino del introverso, la Amada se convierte paulatinamente en un elemento maravilloso, único. Las formas se volatilizan, todo cambia suavemente y la substancia se hace Idea. Platonismo erótico y Petrarca de consuno, pero también los Cancioneros provenzales y León Hebreo. Siervo de Amor (en el mundo de los tipos psicológicos de hoy, el platonismo amoroso es una de las formas evasivas que adopta el tímido). La Amada Ideal —luz, estrella— opera como compensación. El amor se hace independiente del amante y vive de sí mismo explorando, canalizando hasta la más rica veta de intimidad.

A veces, cuando la maquinaria mental funciona con laxitud, basta una breve mirada simpática de los «verdes ojuelos» que «prometen mil bienes sin dar uno» y a su contacto se pone en marcha la poderosa turbina llena de sugerencias intelectuales. La Amada pasa a ser un pretexto para el Amor.

*No me espanta que esté mi Estrella ajena  
de amor, pues del amor todo ocupado  
y del solo, mi ánima está llena  
y que en él se ha toda transformado  
y así amo solo, y ella solo amada  
es...*

Ya ni el tiempo, en su peligrosa erosión, es capaz de limar y reducir a este amor alimentado de inagotables trasmutaciones que operan sobre un reducidísimo mundo de hechos. Amor combate al tiempo y a la muerte. Si los ojos azules, la rubia cabellera y la frente marmórea perdieran su lozanía, Amor seguiría amando. La belleza capaz de producir amor, dice la doctrina, participa de la Belleza Eterna.

*Si el oro es y las luces inmortales  
y es eterno el valor y altivo intento  
será de amor perpetuo el desvarío  
y en las penas que a todos son mortales  
renacerá contínuo mi tormento.*

Mientras el proceso trasmutativo tiene lugar, el poeta estrecha paralelamente su círculo aislante. Reduce ambiciones y relaciones exteriores. Glotón y a la vez avaro de su sensibilidad, teme impurificarla al contacto del aire. Ya no es el mozo de antaño, sino un hombre maduro y cano que hace dieciséis años conoció a su Amada. Hoy vive retirado en la soledad y en el estudio. Su mundo intelectual vibra a tono con su mundo afectivo. Traduce a los clásicos griegos y latinos con más devoción que nunca. Inmerso en la antigüedad, entre Grecia y Roma, se alimenta de erudición y fantasía. Todo, la Amada y la vida, circulan constantemente por las fronteras de lo imaginado y lo real, el pasado y el presente.

### AL FIN, LA COSA SUCEDE...

Al fin sucede algo. Dieciséis años horadan con su gotear de tiempo el más duro peñasco y Doña Leonor acaba por sentir los efectos de aquel continuo filtro poético. Un atardecer del mes de noviembre de 1575, galán y dama, ya maduros, pasean por los jardines del palacio de Gelves. ¿Qué extraña emoción desata en ese instante la lengua y la acción del poeta? Herrera se refiere a tan grave cuestión con circunloquios en su Elegía III, deliberadamente oscura. El poeta monologa al amanecer a orillas del Betis, su viejo confidente amoroso. Puesto que la noche y el río escucharon hasta ahora sus tribulaciones, justo es que ellos sean quienes escuchen el desconcertante suceso. La historia es

breve: el poeta se ha encontrado, ¡al fin!, solo junto a la Amada después de dieciséis años de esperar estos minutos solemnes, sobrecogedores, tensos, cargados de silencio. No había por allí ningún espejo para ambos; sólo la brisa, las barcas en el río y la poniente naranja solar. Ingredientes de subido valor emotivo ante los cuales se sitúa el amante, desatinado por la peripecia y la amada entre digna y confusa. Un sendero de juncias y de claveles; temor a la aparición súbita del esposo y... ¡la declaración! Minutos expectantes sin duda. «Teñido el rostro de color de rosa—de honesto miedo y de amor tierno llena», Doña Leonor murmura unas pocas palabras, las únicas:

*Si por firmeza y dulce amar se alcanza  
premio de Amor, yo ya tener bien debo  
de los males que sufro más holganza.  
Mil veces, por no ser ingrata, pruebo  
vencer tu amor, pero al fin no puedo  
que es mi pecho a sentirlo rudo y nuevo.  
Si en sufrir más me vences, yo te escedo  
en pura fe y afectos de ternura  
vive de hoy más ya confiado y ledo...*

¿Sólo estas palabras que parecen copiadas de un Cancionero cortesano? ¿Sólo esta excesiva frigidez? ¿Cela el poeta la verdad total? Tan parca reacción parece responder a un parco estímulo quizá porque ambos amantes son ya demasiado maduros y todo ha sucedido demasiado tarde. ¿Felicidad? ¿Perplejidad? La rotura del mundo ideal ha sido brusca, quizá innecesaria. «Sé que allí se perdió mi fortaleza». Turbado y temblando el poeta trata de sortear tan peligrosa sirte y la emoción inicial sufre un repliegue, quizá de arrepentimiento y temor a las complicaciones sucesivas. ¡Todo era tan diáfano hasta entonces! «Tan grande, señora, me parece esta felicidad que me concedéis que pienso si no será fingida» (palabras...). «Mi vivir sólo se ocupa en vos; no pienso ni siento más que para vos» (palabras...). Mientras, el rostro inmóvil y un frío súbito en los huesos. Ni pasión ni ternura en el asalto amoroso. Desproporción entre un Eros marchito y descalificado y el ímpetu intelectual que trata de dirigirlo. Nada más. El poeta oculta con habilidad de oficio su secreto decisivo:

*Lo demás que entre nos pasó no es dino  
noche, de oír el Austro presuroso  
ni el viento de tus lechos más vecino.*

Sin embargo, la *Elegía*, en su velado recato, en su hipócrita pudibundez, habla más de lo que debiera. Detrás de cada palabra, de cada silencio, brota una confidencia al lector. Los antecedentes hablan demasiado y quince años de poetizar a solas permiten comprender cómo se produjo la situación embarazosa. «Y tanto os temo cuanto más os amo», he aquí el tema con variaciones de cada uno de los sonetos escritos a lo largo de la vida del amante. Hubo, pues, una explosión afectiva y tras ella, simultáneamente, se ahondó una trinchera erizada de defensas e inhibiciones. Timidez e introversión actuando sobre la realidad desnuda. No de otro modo se comprende que después del lánguido abandono —al decir del poeta— posiblemente calculado y decidido, de Doña Leonór, ésta volviera rápidamente por los fueros de su honestidad amparándose en el viejo desdén educado. Es precisamente a partir de esta memorable fecha cuando rompe todo trato con su amador y le prohíbe la menor alusión a su debilidad femenina. ¡Qué fracaso! Después de disparar su mecanismo amoroso, la mujer, que ya no desea volver atrás, vencida y trémula tal como parece presentarse en los primeros versos de la *Elegía*, se ve obligada a retroceder súbitamente, herida por la flacidez vital y las reservas mentales del amante. Pero lo sucedido es fácil de comprender. Largos y lentos años dedicados a elaborar un culto abstracto, una entelequia amorosa y de pronto, la entrada en escena del ser vivo con su peligro y su misterio. Desequilibrio, sorpresa y miedo. El poeta se asusta de sí mismo y retrocede parapetándose en el egoísmo del intelecto ante el ímpetu de lo real. Un simple mecanismo mental y la amada queda en la sombra. La Amada (con mayúscula) en la luz, sola, serena, de cristal poético. («Y esta mujer, esta mujer madura, vieja, irritante, ¿qué hace aquí a solas conmigo?, ¿quién la trajo a pasear por estos senderos bordados de claveles, en esta plácida tarde, con véspero nadando en el azul y tanto gallardete ondeando sobre el río?». Un principio de mutuo rencor; palabrería, alambicamiento y esfuerzos de ambos por salir del desdichado enredo.) Después, todo se sitúa en una zona ambigua por acumulación de dudas, proposiciones, condicionales:

*...no sé si oí, si fuí de su belleza  
arrebatao, si perdí el sentido.  
Sé que allí se perdió mi fortaleza.  
Turbado dije al fin: por no haber sido  
este tan grande bien de mí esperado  
pienso que debe ser, si es bien, fingido.*

## ABEJAS INTERIORES

A partir de este momento la actividad erótica del poeta se reduce a un fluir inútil y ocioso de poesía elegíaca, a un vivir amoroso sin virilidad. No hay espacio para la pasión, substituída por una reflexión cargada de emotividad. El resto de la historia de ambos amantes se diluye en un continuo vagar de sensaciones de acuerdo con el estado de ánimo; especie de impresionismo poético de gran belleza retórica, donde la palabra se hace música. Es la época de las inacabables series de adjetivos, de la transmutación absoluta de la Amada en pura línea poética, de la conquista del paisaje y la simbología astronómica: Estrella, luz, constelación. Y esta Luz y esta Estrella se espiritan de tal modo que producen una hermosa mística de amor, anticipo de ciertas proposiciones heterodoxas del quietismo.

*En el silencio de la noche fría  
me hiere el miedo del eterno olvido  
ausente de la Luz el alma mía.*

Doña Leonor muere en 1581. Jamás ha querido volver el poeta a verla porque el poeta ya no necesita de su presencia física. El fenómeno de introversión amorosa ha tenido lugar en su totalidad. Lo que fué materia viva es ahora evocación astral. «Pura, bella, suave Estrella mía... triste sin mi Luz bella y siempre ausente... Bella Estrella de Amor... Serena Luz dichosa». La amada es en lo sucesivo «querida perdición... dulce engaño... suave mal... descanso y pena... alma del sufrimiento... mar de bonanza... playa segura... cielo sereno... cielo claro». Dueño de su emoción, el poeta se sumerge en la vida contemplativa. Es el «intelecto de amor» puesto en función. Fuera de las moradas interiores se vive en peligro librando desapacibles contiendas amorosas en el bosque de mujeres, lleno de trampas y asperezas,

rodeado por el bramante mar lúbrico. El poeta está orgulloso de haber conseguido, al fin, la beatitud. Es libre de administrar sus secreciones eróticas y transformar todo cuanto toca en poesía:

*ya no podrá mi áspero tormento  
y el inmenso dolor que temo tanto  
turbarme un solo punto de mi gloria.*

## COMPASES DE HASTIO

Difícil es saber hasta qué punto un quietismo de amor tan ásperamente conseguido no fué nocivo para otras zonas de su intelecto. El poeta desamorado ocultó muy bien sus fallas, pero no es excesivo sospechar otras ricas posibilidades recortadas para siempre. Si examinamos el período histórico en que le tocó vivir, pródigo en prodigios, henchido de furor militante: armas, letras, Iglesia, aventura (Garcilaso, Teresa de Jesús, Gonzalo de Córdoba, Ignacio de Loyola, Hurtado de Mendoza); si valoramos sus dotes personales tan ricas y variadas, será preciso reconocer en Fernando de Herrera un hermoso fruto malogrado. Más exactamente, un hermoso fruto renacentista maduro por una sola faz.

¿Lo intuyó así el propio poeta en sus años postreros? Ciertos compases de hastío suenan a veces sordamente entre la apretada melodía de adoración a la Alta y Serena Estrella. En la hora solitaria, cuando más ahilada vierte la poesía sobre la taza del verso, de tan fina y quebradiza duele. Soledad de alambique, con timidez y frío. Lejos ya el bordoneo del abejón de amor. El poeta alza los ojos, escucha con reverencia. Aquello sucedió un día... Y escribe:

*Estoy pensando en medio de mi engaño  
el error de mi tiempo mal perdido.*

.....  
*déspués que me cercó el temor y el hielo.*

*Habent sua fata volentem.* Fernando de Herrera murió en 1597, a los 63 años. Había publicado un solo y pequeño volumen de poesías. Las demás fueron recogidas por sus íntimos entre

papeles inéditos. Hacía dieciséis años que Doña Leonor había muerto y treinta y siete que duraba su amor. En la *Canción III* unos versos melancólicos y breves parecen hablar de la fatalidad que gravitó sobre este amante no admitido en el círculo de los amorosos; obligado a hilar a solas un largo poema con variantes que nace y muere en sí mismo, luminoso y apagado a la vez:

*en la desierta arena  
deste campo extendido  
desde la noche oscura al claro día...*

Universidad de Puerto Rico, 1950.